

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Alberto Caturelli: LA PATRIA Y EL ORDEN TEMPORAL. EL SIMBOLISMO DE LAS MALVINAS (*)

Este reciente trabajo de Alberto Caturelli, distinguido colaborador de *Verbo*, se inscribe en la línea de sus reflexiones sobre las consecuencias del inmanentismo tanto en el orden especulativo como en el orden práctico. Aunque la obra integra anteriores estudios ya publicados, se presenta de manera orgánica como cuerpo estructural y cualitativamente más amplio, y que será continuado por *Metafísica del orden Político*, según anuncia el propio Caturelli.

La *Patria y el Orden Temporal*, que lleva como subtítulo *El simbolismo de las Malvinas*, se desarrolla en cuatro partes fundamentales: *Ateísmo, orden temporal y «nuevo orden» del mundo; La patria y el orden temporal; La patria, las Malvinas y el futuro; El espíritu sanmartiniano, el testigo de Cristo y la mediación de María*. Es el mismo autor quien, en el prefacio, explicita las líneas esenciales de este libro: «En la primera se considera el universal fenómeno del inmanentismo ateo en relación con el orden temporal y el actualmente llamado «nuevo orden del mundo»; en la segunda se plantea la necesidad de definir la patria y comprender su inserción tanto en la tradición integral como en la noción de justicia cristiana. En la tercera se pone al descubierto el que es, quizá, el motivo más profundo de este libro: la herida sangrante, siempre abierta, de las Malvinas y trata de contemplar nuestra historia y la historia de Iberoamérica desde el punto de mira de la guerra del Atlántico Sur. En el mismo contexto, la cuarta parte se detiene en el análisis del sentido de la epopeya sanmartiniana que nos abre el camino para la consideración de la naturaleza del testigo de Cristo y sobre todo, de la presencia operante de María en la historia».

En primer lugar, Caturelli va poniendo de relieve la raíz de las estructuras culturales contemporáneas y, por tanto, de los problemas filosóficos, teológicos, científicos y políticos actuales. Dicha raíz no es otra que el inmanentismo que impregna el pen-

(*) Ediciones Gladius, Buenos Aires (Argentina), 1993, 353 págs.

samiento moderno y contemporáneo, esto es, la corrupción que supone la autopoiesis de la conciencia y la inmanencia del ser en ella, que aniquila la naturaleza contemplativa de la inteligencia humana absolutizándose el hombre —siempre finito y contingente— en un suicida, homicida y deicida devenir que ha conducido a la nada de sí y de toda la realidad. Occam, Descartes, Berkeley, Kant, Hegel, Feuerbach, Marx, Nietzsche, Russell, Strawson, Wittgenstein, Carnap, Lévy-Strauss, Foucault, entre otros, van desfilando por las páginas de esta obra como cohorte pensante de aniquiladores de la realidad que marchan al son del mal llamado 'principio de inmanencia', dado que «si todo debe permanecer dentro de los límites de la experiencia (sensible), de la voluntad (autosuficiente) y de la razón, no es posible ya hablar de misterio inalcanzable por la 'verificación empírica', por el impulso ciego de la voluntad o la pura razón ratiocinante»; la consecuencia es lógica: destrucción de la Teología y muerte de Cristo en las conciencias, ausente también de todos los ámbitos de las operaciones humanas transeúntes; además, creación de una 'teología' horizontalizada y secularizante, adecuada al mundo actual (Bonhoeffer, Rahner, Metz, Barth, Bultmann, van Buren, etc.).

Además, en un cosmos sin Dios y, por tanto, sin *creatio ex nihilo*, van restaurándose los mitos precristianos y prefilosóficos del eterno retorno, de la circularidad o esfericidad cósmica y de la eternidad de la materia, quedando el hombre como pequeño demiurgo extraviado y fuera de sí, sin patria terrena ni patria «celeste».

Por último, en el seno de la immanentización del tiempo histórico y político (con fin inmanente al mismo tiempo de la historia), el ideal iluminista del progreso indefinido, desde Turgot a Hegel, que se estructura, en su fase más contemporánea de dominio tecnológico y electrónico, sobre la «absolutidad de la idea de igualdad», se presenta como el mundialismo del mundo-Uno («ciudad global» cuya cabeza son los Estados Unidos de Norteamérica con su mesianismo represor-redentor) en el que se disuelven las patrias terrenas y se monta un sistema religioso e industrial autolegitimado por la idea de democracia y con supuestas miras transideológicas y asépticas que se van encarnando en aquel supra-Estado universal.

La perestroika, las transformaciones políticas en la relación entre las dos Europas —occidental y del Este—, y el conflicto del Golfo Pérsico, son analizados por Caturelli a la luz de los anteriores principios.

En el contexto de este «nuevo orden» mundial, nuestro autor

no clude la pregunta por el tipo de esperanzas que pueden albergar los países de Europa Oriental y de Iberoamérica.

En los primeros parece que el sufrimiento los ha purificado y cabe, por tanto, entrever confusamente cierto renacimiento de sus tradiciones. En cuanto a Iberoamérica, mariana y «esperanza de la Iglesia», sólo le cabe resistir en las catacumbas espirituales y no ceder a la tentación del viejo imperialismo y de su mundo «corrupto y aterrador».

Cuando Caturelli reflexiona sobre la noción de patria, ofrece la siguiente caracterización: «un todo de orden que se compone de una comunidad concorde de personas vinculada a un territorio, que expresa su naturaleza en una lengua determinada, constitutivamente transmisora de una tradición histórica y cultural, orientada hacia el fin último absoluto que es Dios». Así, en el patriotismo cristiano el amor a la patria es ya amor a Dios; es un solo amor dirigido al Absoluto personal y a su don que es la patria: «El patriotismo cristiano, el amar sobrenaturalmente a la patria no-permanente, amar la patria permanente que espera y el amar la patria celeste sólo puede amarla *en, desde y con* la patria terrena. De ahí que el patriotismo cristiano sea *misional* y no sea orgullo sino humildad y cuando es dominio sea dominio con sentido trascendente como el patriotismo de Santa Juana de Arco en quien no se distinguía el patriotismo de su propio ascenso místico en Dios». Contemplando desde esta perspectiva la gran patria hispanoamericana —con modelo en José de San Martín— Caturelli afirma el designio providencial de restauración católica de ésta.

La segunda parte de esta obra se ocupa del conflicto permanente entre la tradición y la revolución. En dicha tensión, la tradición se caracteriza como «momento histórico interior que abre el futuro y explica, simultáneamente, el tiempo integral del hombre y de la historia», mientras que la revolución inaugura la plena autonomía humana tanto en el orden natural como en el sobrenatural: «La historia contemporánea aparece como un inmenso campo de lucha establecida entre las potencias surgidas de la revolución anticristiana y del espíritu de la anti-tradición». La revolución, esto es, la vuelta de lo 'viejo', de la apostasía y de la barbarie, del desorden que genera el príncipe de este mundo, lucha, *ab intra*, contra sí misma, en una permanente división y en convulsiones caóticas, mientras que *ad extra* se enfrenta al orden nacido de la Cruz, que presenta la absoluta novedad de Cristo, el orden de la nueva creación y de la justicia cristiana, transmitido en la Tradición integral, aquella «que se extiende desde las fuentes de nuestra

cultura, Grecia, Roma y España y desde la incommensurable y más profunda Revelación Cristiana».

Por lo que se refiere al conflicto de las Malvinas, que abre la tercera parte del libro de Caturelli, sentimientos y realidades históricas se entremezclan con una obligada reflexión sobre la naturaleza y el origen de la guerra en general y la doctrina de la Iglesia sobre la noción de guerra justa: «La histórica recuperación de las islas Malvinas y demás dependencias del Atlántico Sur con la que toda la vida hemos soñado los argentinos constituye una ocasión única para reflexionar —especialmente en un país de tradición católica— sobre la noción de guerra justa y por lo tanto, lícita. No porque la guerra sea deseable por sí misma (nadie puede pensar esto en su sano juicio), sino en qué sentido una guerra puede ser justa y por eso, también moralmente obligatoria». El uso de la expresión 'guerra justa' es, pues, legítimo, ya que si toda guerra fuera injusta no existiría el derecho de legítima defensa. Además «es necesario utilizar la expresión 'guerra justa', sobre todo en el conflicto bélico iniciado el 2 de abril de 1982 por la posesión de las Malvinas, por el que la Argentina exigía heroicamente dicha posesión —no el derecho, que es suyo— usurpada por Inglaterra y que destroza el corazón argentino desde el año 1833. «Hasta el último argentino —escribe Caturelli— está convencido, con o sin guerra, de que este proceso que comenzó en 1833 no sólo no ha terminado sino que ha recomenzado, y que debe seguir rogando por la victoria». No debe pasarse por alto que el hecho de las Malvinas e islas del Atlántico Sur, Tierra del Fuego y costa de la Patagonia «ofrecen puntos de apoyo para la navegación de tres océanos y la comunicación con Australia y Nueva Zelandia y en América, con Chile y todo el litoral marítimo hasta México».

El 14 de junio de 1982 marca la «sexta invasión inglesa» al territorio argentino, precedida por las de 1765, 1806, 1807, 1833 y 1845, a pesar de lo cual «es ineludible la obligación de volver a nuestras islas».

Si bien desde la perspectiva de la historia y para los ojos de la Europa geográfica «un remoto país del sur de América del Sur ha osado levantarse contra el reparto de Yalta», y de ahí que «era menester aplastarle», desde el ámbito de la fe debe tenerse la clara conciencia de que «jamás es inútil la sangre derramada por la patria», que es como derramarla por Dios, pues «la sangre del que muere por la patria es ... redentora, en virtud de su com- morir con Cristo».

El papel simbólico de las Malvinas es bien patente, pues re-

presenta para la Hispanoamérica profunda, para la Tradición integral de Hispanoamérica, hija de la España misionera, la posibilidad de resistirse a la pasividad de sirvientes del mundialismo secularista y el crecimiento de su protagonismo en la construcción del orden temporal cristiano, que pasa antes por la integración y la unidad.

El libro se completa con el recuerdo personal del patriotismo cristiano de Carlos Alberto Sacheri —«testigo del Testigo» y ejemplo de héroe católico, al que arrebataron la vida peregrinante el 23 de diciembre de 1974, inaugurándose así su vida eterna—, y con una reflexión sobre el papel histórico de la Santísima Virgen María como correndentora, «Reina de la ciudad de Dios en lucha y tensión misteriosa con la ciudad del mundo hasta el fin de los tiempos», y que recapitula el destino histórico de la Argentina y de toda Iberoamérica, «alma de una nueva cristiandad mariana».

A lo largo de todo el libro, en el que se armoniza el diagnóstico profundo de la cultura actual con la esperanza de la única y auténtica reconstrucción en Cristo, se va poniendo de manifiesto una vez más que en toda cuestión política subyace la cuestión teológica.

Obra para meditar profundamente, cuyo espíritu católico y patriótico ha hecho del tema de las Malvinas y su simbolismo el motivo central, y que no sólo da subtítulo al libro, sino que también merece la dedicatoria:

«A los caídos
 en la guerra aún pendiente
 del Atlántico Sur
 cuyos sagrados huesos nos esperan
 en las Malvinas,
 en las islas australes
 y en el fondo del mar.
 A los que volvieron
 y esperan»

JUAN MANUEL DÍAZ TORRES.